

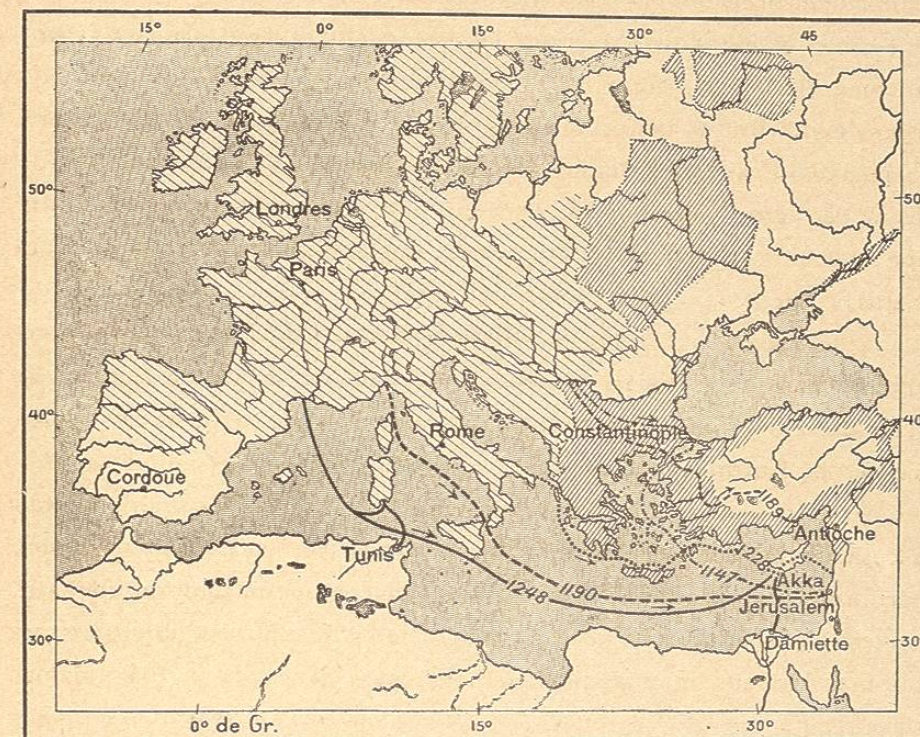
como lo hace notar Ramsay, los Cruzados de esta época no sabían garrapatear sus nombres sobre las rocas como los soldados griegos, mil quinientos años antes¹. Otros bárbaros vinieron pronto á juntarse á los Francos, verdaderos Noruegos, en número de diez mil, llegados directamente en una flota de sesenta embarcaciones, que habían contorneado por el libre Océano todo el continente de Europa. Bajo el mando de Sigurdr, tomaron parte en el saqueo y, por la toma de Sidón, contribuyeron al engrandecimiento del reino de Jerusalem. Entre tanto, miles y miles de cruzados de la Europa occidental, Franceses, Italianos y Alemanes, llegados por la vía de tierra, en 1101, perecían sin quedar uno sobre el camino de Siria por el hambre, la sed, el cansancio, las enfermedades y el cuchillo de los Turcos.

Evidentemente, la lógica de las cosas quería que un punto geográfico aislado de su territorio natural, como lo era la ciudad de Jerusalem, sin todos los macizos de montañas inmediatas y sin los pasos del Eufrates, quedase una conquista exterior al mundo cristiano, y por consiguiente difícil de conservar. Para ello hubiera sido necesario emplear allí todas las fuerzas de la Europa latina y germana, pero éstas distaban mucho de estar unidas en un mismo sentimiento. Los más bárbaros aportaban la mayor fe en su empresa, mientras que los más prudentes, los hábiles mercaderes de Génova y de Pisa, apenas se preocupaban de otra cosa que de sus intereses. Hasta en aquellos mismos que parecían más entusiastas por la obra de libertad, la iniciativa se desviaba con frecuencia hacia las ventajas personales ó las satisfacciones nacionales. Además las cuestiones de orden interior en los diferentes Estados se hacían cada vez más urgentes y disminuía la importancia relativa de la posesión del Santo Sepulcro. Así cuando la ciudad fuerte de Edesa, que defendía el litoral sirio contra los Musulmanes, cayó en poder del hábil y perseverante Zenki, en 1144, debió parecer inevitable la próxima caída del reino cristiano de Jerusalem. En vano fué que tres años después se pusiese en marcha la más poderosa de todas las cruzadas, llamada comunmente la «segunda» hacia los países de Oriente. Constaba de 14000 ca-

¹ *Geographical Journal*, Octubre 1903, p. 384.

balleros y un millón de hombres á pie; la mandaban dos soberanos, el emperador de Alemania, Conrado III, y Luis VII, rey de Francia. Pero, como siempre, los ejércitos se fundieron en el camino, Edesa no fué reconquistada y hasta Damasco, mucho más cerca

N.º 313. De la segunda á la última Cruzada.



1: 40 000 000

0 1000 2000 3000 Kil

El rayado estrecho recubre los territorios dependientes del patriarcado de Constantinopla; el rayado ancho, los que reconocían la autoridad suprema de Roma.

La fecha 1147 acompaña á la ruta seguida por Conrado III; 1189, la seguida por Barbarroja, y 1190, el trayecto de Felipe Augusto. Las cruzadas de San Luis, 1248, hacia Damietta, 1270, hacia Túnez, están indicadas en raya completa.

de Jerusalem, quedó ciudad musulmana. Los dos jefes, casi sin ejército, regresaron á sus países respectivos con la humillación de la derrota. Cuarenta años después, en 1187, el brillante dueño de Egipto, Salah-ed-din ó Saladino, se apoderaba de la «ciudad santa», á pesar de la fuerza natural de su posición, de la solidez de sus murallas y del valor de sus defensores. El reino cristiano de Jeru-

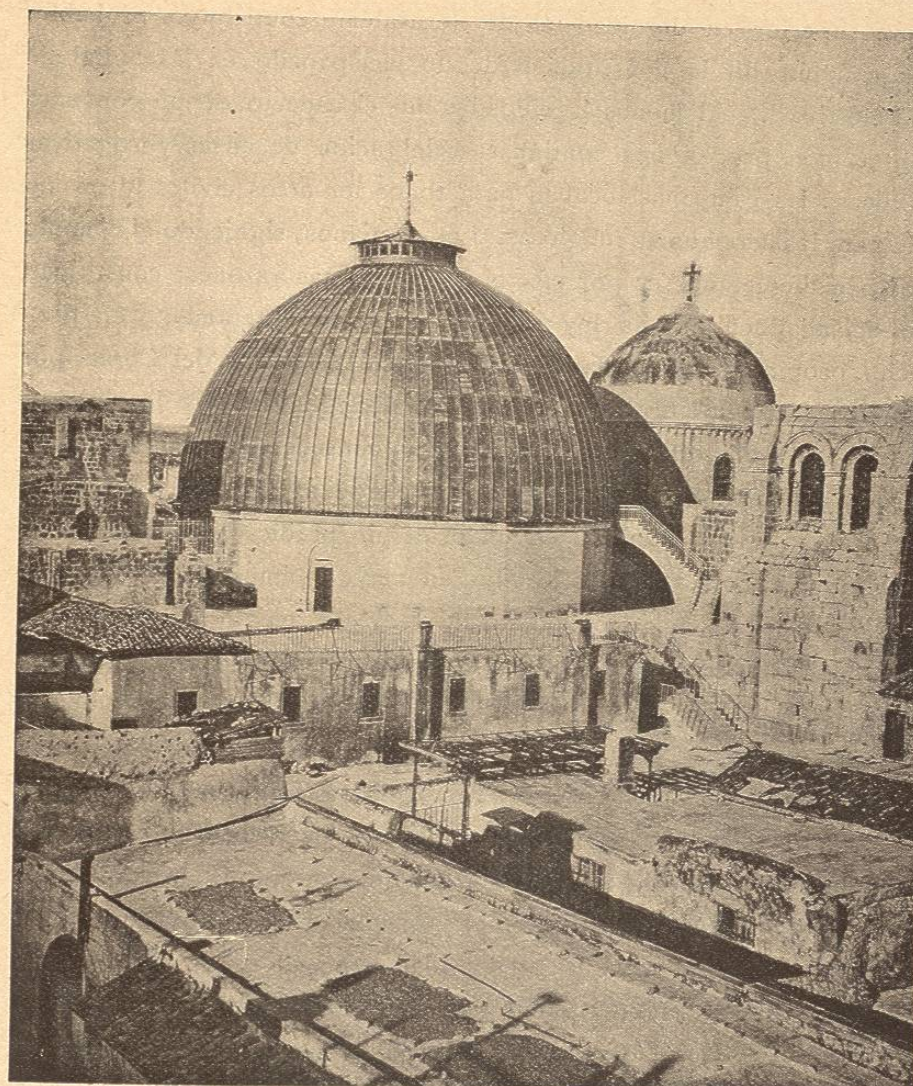
salem duró menos de cien años: los lances de la fortuna guerrera le levantaron durante algunos años fugitivos, en el siglo XIII, después concluyó del todo, á pesar de las cruzadas sucesivas.

Al sud del Mediterráneo, el Islam rechazó igualmente las fuerzas de la cristiandad. Los Roger de Sicilia habían hecho también su cruzada en la Mauritania, apoderándose de todos los puertos de la Tunicia y hasta de Trípoli. De ese modo el territorio del Islam quedó cortado en dos, y si los Normandos hubiesen conservado la posesión del litoral berberisco, la España musulmana, definitivamente separada del mundo oriental del Islam, privada de sus comunicaciones y de todo apoyo moral, hubiera sido indudablemente reconquistada más pronto por los cristianos de Navarra, de Asturias y de las Castillas; pero, desde la mitad del siglo XII, los conquistadores de Sicilia se vieron obligados á soltar su presa. En 1159 hubieron de reembarcarse con rumbo al Norte, y, durante setecientos años, el Islam de Africa continuó defendiéndose con éxito contra todo ataque de la Europa occidental.

La ocupación durante más de medio siglo de la ciudad donde murió el Dios de los cristianos debía ejercer naturalmente una influencia considerable sobre el conjunto de la civilización europea y sobre todas sus manifestaciones. Además esa acción infinitamente compleja es muy difícil de aclarar en todos sus detalles, y mucho más la que se produjo por el contacto recíproco de los Occidentales con los pueblos de Oriente. Sin embargo, los resultados generales se presentan con bastante evidencia para que pueda distinguírseles con toda certidumbre y hacer constar de qué manera reaccionaron sobre el equilibrio del mundo.

En primer lugar, el poder de la Iglesia romana aumentó extraordinariamente. Cualquiera que fuesen los intereses ligados en sus empresas, todas las cruzadas se habían hecho oficialmente bajo el nombre y á la mayor gloria del papado; en la presencia misma del pontífice ó de los más grandes prelados los caballeros habían proclamado su adhesión perfecta á la «voluntad de Dios», y el mismo signo que habían pegado á su manto atestiguaba su sumisión al poder espiritual. Esta hegemonía del papado en el movimiento de

las cruzadas, parece que hubiera debido producir como consecuencia la romanización completa de Jerusalem, convertida en una simple vasalla eclesiástica de Roma. Tal era, en efecto, el voto de los



JERUSALEM — CÚPULA DEL SANTO SEPULCRO.

Cl Bonfils.

frailes de todo hábito que acompañaban á los caballeros; pero éstos, que habían tenido el trabajo, querían participar del beneficio, y á pesar de todo, á riesgo de irritar las susceptibilidades clericales, se distribuían los feudos y las grandes rentas. Por otra parte la gue-

rra sin cuartel contra gentes de raza, de lengua y de religión diferentes conservaba en la sociedad europea emigrada á Palestina un régimen forzosamente militar, y la rivalidad del patriarca de Antioquía, considerado por los cristianos de Oriente como igual, si no como superior en dignidad al de Jerusalem, contribuyó probablemente á impedir la constitución de un vice-papado en la capital de la Palestina¹. Al menos la ciudad tomó el aspecto de un convento militar, con procesiones continuas, celebración de misas y rogativas públicas: las campanas tocaban para todos los actos civiles lo mismo que para las ceremonias religiosas. Los cristianos, siguiendo el ejemplo de los mahometanos, y por efecto de las mismas razones, constituían una sociedad en que la ley religiosa absorbía enteramente en provecho propio la ley secular: por una parte los *soutra* del Corán, por otra los versículos de la Biblia determinaban los actos y los juicios.

Las Cruzadas tuvieron también por consecuencia dar á la monarquía francesa un carácter particularmente atribuido á la Iglesia. La primera expedición fué en un principio predicada en Francia, y caballeros franceses fueron los que en mayor número tomaron parte en ella. Después el movimiento de fe y de aventura se propagó hacia la Europa central; pero el primer lugar no dejó de corresponder á los Cruzados franceses y á los Normandos de Sicilia, quienes, por otra parte, se unían también en aquella época por la lengua y el genio á los caballeros de nacionalidad francesa. A los ojos de los papas, las hazañas de la caballería occidental se unieron á las donaciones de Pepino y de Carlomagno, y aun á la conversión de Clodoveo, para constituir una especie de tradición que unía la política de Francia á la prosperidad especial de la Iglesia. De aquella época de las Cruzadas data la expresión de *Gesta Dei per Francos*, y el clero encontró en ella un pretexto de los más cómodos para tratar de regimentar en su provecho el pueblo francés llamándolo «soldado de Dios». Hasta en el siglo XX, después de Renacimiento, Reforma y Revolución, ese recuerdo de las Cruzadas todavía ejerce su influencia en las disensiones civiles de Francia para retenerla bajo el dominio de la Iglesia.

¹ Leopold von Ranke, *Weltgeschichte*, achter Theil.

El oficio de los señores feudales era batirse, y precisamente las guerras constantes y la barbarie de ellas resultantes trajo consigo la ruina completa del arte militar, táctica y estrategia: se mataban unos á otros, pero no se sabía combatir, las reglas de combate habían sido olvidadas. Ya no había ejércitos propiamente dichos;

éstos no constituían ya cuerpos organizados con un cuadro común que concordaba sus operaciones siguiendo un plan único. Tantos señores, tantos jefes de guerra independientes; cada uno tenía el mando absoluto de sus hombres, no en virtud de su talento, de su mérito reconocido, sino por su derecho de nacimiento ó de rango. Los combatientes que empleaba habían sido escogidos entre sus siervos; sin haber reci-



Según Sybel.
MURALLAS DE ANTIOQUÍA

vido previamente instrucción militar, habían de batirse, no para la victoria de todos, sino para la gloria especial de su jefe, y, cuando hacían un prisionero ó capturaban un caballo, parecía muy natural que fueran á poner su presa en lugar seguro antes de volver á la batalla; de donde resultaban imposibles todas las maniobras de conjunto. El arte militar no tuvo nuevos adeptos hasta después del encuentro de las Cruzadas y de los ejércitos mahometanos. Los caballeros cristianos aprendieron de sus enemigos á formar tropas sólidas, regularmente adiestradas para la guerra, en vista de un triunfo colectivo. No obstante, parece que el arte de los sitios no se había perdido por completo: unos ingenieros especiales se habían transmitido por generación de padres á

hijos el arte de construir las trincheras y de preparar los asaltos¹.

Desde los primeros años de sus relaciones con los musulmanes — por violento que fuese entre ellos el fanatismo de los odios religiosos —, los cristianos se dejaron «orientalizar» de una manera muy sensible. Como es natural, las condiciones del clima se hicieron sentir ante todo en el vestido, las comidas y las prácticas diarias: por una influencia análoga, siglos después, los soldados franceses de Argelia se cambiaron en «zuavos» y en «spahis». También se modificó la moral, lo mismo que la manera de pensar. La evolución que se hizo en el ánimo de los Cruzados obedeció á dos fuerzas, la de la madre patria de donde venían y la de la comarca donde se efectuaba su obra; se comprueba bien por las órdenes de caballería que nacieron en la tormenta de las Cruzadas, y cuyo carácter práctico, procedente de la situación nueva, es muy diferente de la antigua caballería, que se daba un ideal inaccesible, por ejemplo, como en nuestros cuentos de hadas, libertar una princesa encerrada en una torre de diamante, en medio de un bosque inextricable ó de un mar de fuego defendido por espantosos dragones. Los caballeros de las Cruzadas se fijaron un objetivo menos difícil de realizar, pero mucho más serio, puesto que concuerda con los deberes humanos. La orden de los Hospitalarios, que pertenecía oficialmente á la gran familia monacal de los Agustinos, no podía constituirse sino en país extranjero, allí donde los hermanos en la fe corren el riesgo de no encontrar asilo en ciudad, villa ó monasterio, allí donde conviene hallar amigos seguros en medio de los más rudos enemigos, improvisar campos de refugio en el desierto ó en los montes rocosos, trazar caminos á los viajeros y á los peregrinos, asistir á los heridos y á los enfermos, saber además manejar la espada y aplicar el cordial curativo. No hay duda que los Hospitalarios recibieron en Oriente la tradición de otros bienhechores, los Nestorianos, cuyos hospicios se continuaban hasta China sobre los pasos nevados de las montañas y en los oasis de las soledades.

Los Templarios ó caballeros del Templo, así denominados por el sitio de residencia de su sociedad, en las salas del palacio edifi-

¹ Paul Meyer, *Introduction á Girart de Roussillon*, ps. LXX, LXXI.

cado sobre los vestigios del Templo de Salomón, trataron resueltamente de reunir en sus personas los dos poderes, el espiritual y el temporal, de ser á la vez frailes y guerreros, de llevar hábito y espada. Como los sacerdotes, pronunciaban votos, bendecían y mal-



CALLE DE LOS CABALLEROS EN RODAS

Cl. Bonfils.

decían, abrían las puertas del cielo y las del infierno, y, como caballeros, cumplían sobre la tierra las decisiones que habían formulado para la vida futura. Al principio adquirió esta orden una fuerza temible, y los papas vacilaron á tomar al servicio de la Iglesia tan poderosos defensores; pero San Bernardo, que dirigía entonces el mundo cristiano, redactó los estatutos de su orden (1128) y dirigió sus primeras empresas políticas y religiosas. Semejante Estado, acumulando todas las fuerzas que, en otras partes, se mantenían opuestas; reuniendo los elementos de su fortuna, sin preocuparse de las